



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11090

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 22 DE OCTUBRE DE 1893

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PASO DE ATAQUE

A MI QUERIDO COMPAÑERO D. ADOLFO LLORENS

Parecía haber nacido para la vida emocional del campamento.

Allí estaba en sus glorias. Unas veces sentado sobre la menuda hierba, otra al pie de las tiendas de campaña, las más inspeccionando con celosa atención las posiciones del enemigo y siempre etéreo, invariablemente, empujando su brillante y pulida corneta dispuesto a tocar paso de ataque. Para él no se habían hecho las penas, y cuenta que siempre tenía en la boca esta, que era su copla favorita:

Estoy pasando la vida

lo mismo que un duro falso, que por más que pasa y pasa, pasa con mucho trabajo.

Pero ello era pura palabrería. De todos respetado por su valor; de todos querido por la dulzura de su carácter y por aquella viveza uva, que lo hacía parecer picaresco sin serlo y travieso sin pizca de mala intención, era el corneta López, según general: ronunciamiento, el muchacho más alegre y simpático del ejército del Norte.

La suya es una de las pocas impresiones que conservo frescas en mi espíritu

¡Cosa particular y extraña!

Yo que he borrado de mi memoria, precipitadamente y con mano firme cuanto podía balagarme: promesas, juramentos, palabras de amor y de consuelo; yo que he hecho olvidar a mis oídos el eco de frases mucho más dulces que la miel de los panales; yo que he secado en mis labios la tibia humedad de muchos besos para dejar en ellos el amargor del escepticismo y el desreimiento; yo que he aventado en mi espíritu todas las ilusiones y he logrado quedarme a solas con mis dolores y mis remordimientos: yo, en fin, que he hecho de la sociedad purgatorio y de la vida inferno, no he podido jamás separarme del recuerdo del humilde soldado que siempre llega a mi tierno y dulce como la inocente caricia de un niño.

Morenillo, bajo, feo, no podía ciertamente dominar á las patronas por su físico, y, sin embargo, no había en los alojamientos partida mas llorada que la suya.

Las muchachas robustas, esbeltas y apalecibles de las provincias vascas y de la vecina tierra de Burgos, sentían al encuentro del corneta, heridos sus corazones, si no de punta de amor, de dardos de simpatía.

—¡Es un gitano!—exclamaban apenas él con su trato las iniciaba en los comunicativos encantos de su alegría; y el corneta López contestaba á tales exclamaciones:

—¡Gitano? y tanto como debo serlo. No he conocido á mis padres, y la tierra en que yo nací es tierra de gitanería, y por tal esta respetada en muchas leguas á la redonda! Con que sabed que gitano

soy y á mucha honra, sin más familia que el batallón, ni más suegra que los carlistas, ni más amor que las buenas mozas y el buen vino, ni más afán que el tocar paso de ataque.

Y era cierto que lo tocaba con toda la fuerza de sus pulmones y todo el entusiasmo de su ardor guerrero, dando á los vibrantes sonidos brutales acentos de odio, de desesperación, de sed de sangre.

Los soldados del batallón respondían al paso de ataque del corneta López como si un impulso magnético les arrastrara entre el enemigo, y escuchando las feroces notas hasta las bayonetas parecían más ágilas y el sol las arrancaba más vivos destellos.

Pero el acto sublime de aquella corneta y de aquel muchacho morenillo, bajo, feo, se realizó en las alturas de Somorrostro, enrojadas hoy por el hierro que la explotación minera arranca de sus entrañas, encharca las entonces por la sangre de nuestros valerosos soldados.

Después de esfuerzos increíbles y de pérdidas considerables, resalaba, como término de la jornada, posesionarse de una línea de trincheras tercamente defendidas por los batallones carlistas de Arratia y Guernica, las cuales formaban una verdadera línea de destrucción. Las fuerzas enviadas al asalto se desorganizaban ante el nutridísimo fuego y á duras penas las rehacían los oficiales.

Entonces el corneta López, rastroando por el suelo, avanzando de chaparro en chaparro, con la corneta en la nerviosa diestra, el pensamiento en el honor del ejército, que él veía materializado ante sus ojos con los manchones amarillos y rojos de la bandera nacional, sin curarse del peligro ni vacilar un momento, cegado por el humo de los disparos, llegó hasta las trincheras, é ingeniándose con la fereza de un león comenzó á tocar, más desesperadamente que nunca, su irresistible paso de ataque.

El milagro se ojeró una vez más. Arrastrados por los sonidos de la corneta, los soldados dispersos, los indecisos, arrojaronse de nodada, locamente, sobre las trincheras; y cuando el grito salvaje del triunfo anunció que éstas habían sido tomadas, cesó de repente el sonido de la corneta.

López yacía en tierra. Había recibido dos balazos, uno en un brazo y el otro en una pierna.

Fue preciso amputarle ésta, y el brazo herido quedó inútil. ¡Adiós la alegría del heroico muchacho! El Gobierno le concedió una cruz pensionada ¡Diez reales de premio al mes! ¡Por algo decía el pobre López que había nacido en tierra de gitanos!

Todo Madrid le ha visto durante largo tiempo recorriendo las calles de la capital para obtener la limosna de los transeúntes.

La familia del pobre inválido se había aumentado; conservaba la corneta y además tenía un perro. Un perro bajillo y feo como él, pero en posesión ágil y absoluta de sus cuatro remos.

El pobre López, con aquella pierna de palo y aquel brazo izquierdo rígido, daba conciertos de corneta en las esquinas de las calles y á ratos hacia que se sentara, bailase ó hiciera el ejercicio á su voz de mando, el amigo de las horas tristes, el humilde *Parriol*, el perro bajillo y feo que le acompañaba.

Muchas veces censuraban los transeúntes el agrio sonido del instrumento

—Esto no puede tolerarse, —exclamaban —Esa corneta desgana los oídos.

López dirigía entonces la vista hacia los que protestaban y con los ojos llenos de lágrimas prontas á escaparse corriendo por las mejillas para llevar su amargura á los labios, contestaba señalando la cinta azul de su cruz pensionada: —¡Si ustedes supieran cómo ha sonado esta corneta en Somorrostro!

Y después de enjugarse el llanto con las mangas de su harapienta chaquetilla de soldado, calmada su soberbia, balbuceaba de una manera lívida y doliente:

—Una limosna por el amor de Dios.

En la ruta estación del invierno, cuando aun las manos más caritativas olvidan, al tibio calor de los bolsillos del gabán, la dulcísima acción de la limosna, el corneta mendigo pasaba hambres y miserias, pero mal que bien iba viviendo, unas temporadas sin hogar, otras sin comida, las más de ellas sin comida y sin hogar.

¡El último invierno!... Había recorrido inútilmente las principales calles de Madrid: la helada noche se echaba encima. La pitanza venía siendo escusísima. Aquel día ¡ni un mendrugo de pan!

Según avanzaba la noche se iban quedando más desiertas las calles. Era inútil que reanudara sus desagradables conciertos en ninguna esquina.

Madrid le arrojaba de su seno. Las fachadas de las casas con sus cerrados balcones, parecían decirle: «No se puede pasar.» Y él, como si se convenciera de que en el caso de la población había muerto de frío la esperanza, rengueando, rengueando, se alejaba de la villa, pensando que tal vez en el próximo término de Vallecas encontraría, entre malteros y gente maleante, una casa abierta, un sitio á laumbre y un puñado de garbanzos.

Pero el frío, que era horrible

entumecía su cuerpo y le apretaba las sienes con mano de hierro. Intentó andar más de prisa; pero sintió en su cuerpo el endurecimiento y que aumentaba la rigidez de aquel brazo, perdido en defensa de la patria bandera. De pronto, y en un supremo esfuerzo, se llevó la corneta á los labios y se dijo: «¡Paso de ataque!»

Las desesperadas notas se extendieron por el espacio. Primero sonaron como un enérgico juramento, después como una desesperada exclamación, después como una suplica doliente, después como un lamento desmayado, y luego el silencio cayó á plomo y sólo se percibieron los lugubres aullidos de un perro á quien la muerte había dejado sin amo y sin amigo.

Al siguiente día apareció, en el puente de Vallecas, el cadáver de un hombre que no pudo ser identificado

Celebrábase no sé qué fiesta nacional y ondeaba en todos los edificios del Estado la gloriosa bandera de la patria, cuyos manchones amarillos y rojos había visto relampaguear el heroico corneta como calentados al fuego de su paso de ataque.

¡Qué vida tan llena de gloria!
¡Qué muerte tan solitaria y triste!

Pero—después de todo—en el desventurado López se cumplieron las leyes de su fatal destino.—El que había venido al mundo sin caricias maternas, envuelto en sucios harapos y teniendo por cuna el estrecho cajón de una casa de misericordia, no podía aspirar á mejor sepulcro que la tierra del campo. Á más sudario que la escarcha de la noche, ni otros blandos que las estrellas del cielo.

ESTAMOS CONFORMES

El gobierno procura activar todo lo posible la evacuación de Cuba. Hace bien el gobierno; el peso que

TEATRO PRINCIPAL

FUNCIONES PARA EL DOMINGO

A las 3 y 1/2 de la tarde

LA BUENA DE TROMPETAS

A las cuatro y media

EL MANTÓN DE MANILA

A las cinco y media

LA BUENA SOMBRA

A las ocho de la noche

EL MANTÓN DE MANILA

A las nueve y cuarto

LA VIEJECITA

A las diez y cuarto

LOS CAMARONES

A las once y cuarto

LA BUENA SOMBRA

El lunes estreno del sainete lírico en un acto

EL BAUTIZO

molesta hay que dejarlo, y como pesa ya lo suficiente para que podamos llevarla á costas ni un día más.

Allí ha echado también raíces la semilla de la ingratitud y hay ministros ó incondicionales de toda la vida que dirigen la vista al sol que sale haciendo menosprecio del que impulsado por la fatalidad, ó por otras causas, se encamina al ocaso.

¿Dónde han ido á parar los entusiasmos y las decisiones? ¿Qué se hicieron los juramentos de permanecer siempre fieles á la causa de España? Enfríanse los primeros; se quebrantaron las segundas y los terceros ó fueron falsos y los que los hicieron resultan perjuros ó se prestaron con reservas mentales.

¡Cuánta decepción! ¡Cuánta falsía! ¡Cuánta iniquidad! Mientras España dió su apoyo á los que parecía que seguían su causa á riesgo y ventura y les conservó la influencia y les dió puestos y honores, la victoreaban como energúmenos y recibían con entusiasmo delirante á los soldados que iban á defenderles los ingenios. A la sombra del ejército que les consultaba en viveres una millonada, acrecentaron su fortuna, ensancharon el negocio; pero España quedó vencida en la contienda, no por falta de valor en sus hijos sino por falta de numerarlo en su tesoro, y desde ese momento se enfrió el cariño, disminuyó el interés por la causa nacional y se volvió el rostro al nuevo amo.

Para nosotros es sencilla semejante conducta: pero para los que la adoptan es una vergüenza, una indignidad, un hecho ruin, digno de la general reprobación.

Y no se contentan sólo con ser ingratos los que pasaban por nuestros amigos; son también procaces, insolentes, gente ruin que se ha creído que para congraciarse con el nuevo dueño es preciso molestar al antiguo insultarlo y provocarlo además.

Digno de ese proceder innoble, muéstrase también una parte del sexo débil. Multitud de señores que no hacen mucho se adornaban hipócritamente con los colores de la enseña española, se adornan hoy con emblemas americanos. Ayer bailaban en las fiestas oficiales y anatematizaban al gobierno de la manigua, á Mac-Kinley y el Capitolio de Washington; hoy pretenden lucir sus joyas en los saraoos yanquis y hablan mal de España y de los españoles.

Las provocaciones de los hombres pueden rechazarse á palos, como ha ocurrido recientemente en un café de